

Espigando en **Antonio Alatorre** (1922-2010)



Adolfo Castañón

Marcel Bataillon, el hispanista francés, en un artículo, “Espigando en Cervantes”, recogido en su *Varia lección de clásicos españoles* (Gredos, 1964), citaba la “excelente edición bilingüe” que el recién fallecido Antonio Alatorre Chávez había hecho de las *Heroidas* de Ovidio (1950), y decía cómo en su prólogo el mexicano recordaba la

influencia de esa obra sobre “los fundadores de la novela [pastoril] española por cartas”.

Alatorre inició la traducción de las *Heroidas* de Ovidio en el seminario que impartía Agustín Millares Carlo en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras y le añadió un prólogo en el que, como le dice a Jean Meyer en una entrevista:

[...] hago una historia de la influencia de esa obra en las letras españolas, o sea una lista cronológica, con comentarios, de las traducciones y de las imitaciones. Como ves, allí estoy “pisando mi terreno”. Cuando me asomo a ese prólogo tengo una sensación extraña: es como verme en el momento de estar haciéndome, como ver un embrión de lo que ahora soy y de lo que creo ser.

Alatorre continuó esa investigación buscando la influencia de Ovidio en la *General estoria* de Alfonso *El Sabio*, ampliándola a los demás clásicos griegos y latinos. La investigación se prolongaría durante años y cabría ser llamada, según él mismo la bautizó, con el oceánico título: “La influencia helénica, la influencia latina en las literaturas de lengua castellana, de lengua catalana y de lengua portuguesa, desde la Edad Media hasta la época actual”.

Antonio Alatorre es conocido por sus *1001 años de la lengua española*, que escribió para “contarle a la gente una historia [...] en general no conocida más que por los profesores y los estudiantes de la materia”, una historia contada con “la forma que le es propia o sea la de un cuento que se cuenta”. Esa biografía de la lengua española no sólo le abrió a Antonio Alatorre las puertas de El Colegio Nacional, sino las de la estimación pública que, desde ese momento, lo seguiría y reconocería como uno de los ensayistas, prosista, traductor, hombre de letras mejor armado del orbe, y una de las inteligencias más simpáticas y zumbonas de nuestra lengua. Ese breve libro abismal tuvo, además, otros efectos, como los de demostrar a los lectores que la idea y la práctica de hacer un tablero con veinte literaturas nacionales es peregrina

y extraviada, y pierde de vista el vasto terreno que le confiere solidez y solvencia a las letras hispanoamericanas [ojo al neologismo: hispanoamericano + hispánico = hispanamericano]. Gracias a Antonio Alatorre, contamos con un cuadro vivo de la lengua que hablamos, de la lengua que nos habla.

El nombre de Antonio Alatorre está asociado al de dos instituciones hermanas: el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, aunque sólo trabajó unos cuantos años en la editorial aprendiendo “todos los procesos de la producción de un libro: desde preparar un original, comprobar los datos de un libro, enriquecerlo, cazar erratas, hasta corregir las pruebas de mis propias traducciones”. Alatorre dejó huella en aquella Casa gracias a sus traducciones acuciosas: desde la biografía de Guillermo de Orange, alias *Guillermo, el taciturno*, las *Memorias póstumas de Blas de Cubas* de J. M. Machado de Assis, *Erasmus y España* de Marcel Bataillon, hasta las obras de los historiadores François Chevalier, *Los grandes latifundios en México*, y Jean Sarrailh, *La España ilustrada*, los libros monumentales de Antonello Gerbi, pasando por los tomos de Gilbert Highet, *La tradición clásica*, y los de E.R. Curtius; este último vertido al castellano en colaboración con su compañera y “maestra” —como él mismo dice— Margit Frenk. Su legado manifiesto lo ilustran los muchos volúmenes de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que durante muchos años redactó y dirigió; sus libros como el ya mencionado *1001 años de la lengua española*, *El brujo de Autlán* y el par de tomos sobre *Sor Juana a través de los siglos (1668-1910)*,

para no mencionar ni otros títulos recientes ni sus numerosos artículos dispersos. Su herencia invisible no es menos fecunda: sus clases y seminarios en El Colegio de México y en la Facultad de Filosofía y Letras, donde —como lo evoca uno de sus discípulos, Guillermo Sheridan— este “duende veterano, una pizca de pícaro de Velázquez y otra de cura de El Greco” ponía a sus alumnos a interrogar a un autor o un poema. Fueron muchas las generaciones beneficiadas por las lecciones del filólogo autodidacta, a quien le gustaba recordar las amistades electivas y magistrales que sostuvo con Juan José Arreola —otro autodidacta— y Raymundo Lida. En la penumbra, entre la herencia visible y la invisible, se alojan los legendarios “ficheros de Antonio”, donde Alatorre iba alojando los gusanos de oro de su insaciable memoria y curiosidad, que lo mismo abrevaba en Montaigne y Virgilio que en Góngora, Argensola y sor Juana Inés de la Cruz. Esto es solamente una parte de lo que hay alrededor y detrás de este gran señor de las letras, a quien le gustaba seguir a Platón pero más a la música de la verdad, y para quien la polémica intelectual era una de las pocas cosas que, después de la contemplación de las formas y del goce estético, le daba sentido a la vida. ■

Adolfo Castañón (México)

Escritor, poeta y traductor mexicano. Entre sus obras publicadas destacan: *La campana* y *el tiempo*, *Fuera del aire* y *El pabellón de la límpida soledad*. Ha traducido a J. J. Rousseau y a George Steiner; así como obras sobre Spinoza y Jorge Cuesta, entre otros.